

Croquis realistas

El pueblo y sus gentes

= Envío del autor =

Después de alzarnos sobre colinas escalonadas como las espaldas de una M; de sentirnos con alas en los bordes de los precipicios y hormigas entre la polvareda de los caminos; de interpretar el hastío de un caballo que filosofa en mitad de una pendiente y de maravillarnos nuestros ojos de horizontes azules y de caseríos blancos, hemos llegado a una aldea.

Esta aldea es como todas las aldeas. De lejos: blanca, sonriente idílica. De cerca: sucia, apática, miserable. Sus calles son tortuosas, empinadas en sube y baja, como si el poblacho estuviera agitado por un ataque epiléptico. Las casas tienen techos de paja, puntiagudos como gorros de pierrot—trágicos pierrots de la miseria—y paredes de lodo y cañas. Y son tan leves que parece que el viento ha de inclinarlas como a los bambúes.

Se ven mujeres de vientre fecundo, siempre alzado, como un contrapeso a la canasta de frutas o al haz de leña o al cántaro de agua, que doblan sus espaldas de hembras cansadas, ya sin coquetería y sin lujuria; y en cuyos ojos tristes se ha plasmado el gesto de una embrutecedora fatiga.

Hay multitud de perros llenos de sarna y de bilis, que ladran a toda hora. En la familiar vida del pueblo los perros son conocidos por sus nombres, tan conocidos por lo menos como sus dueños. Se sabe de sus vicios, de sus defectos y de sus relaciones. Lo mismo que a los hombres, a unos se les teme, a otros se les desprecia y a la mayoría se les odia. Ellos colaboran en las simpatías y en las enemistades de sus dueños, son sus cómplices. El marrano es el único feliz. Entre tanta miseria, él vive opulentamente, dueño de inagotable provisión de lodo y desperdicios. Y así como vemos mujeres cargadas de chiquillos desmedrados, vemos marranas seguidas de una prole abundante y robusta; así como hemos encontrado mujeres víctimas de un trabajo inicuo y grosero, encontramos marranas libres y sensuales, seguras de que para sus hijos no ha de faltar—como para los hijos de los hombres—el alimento, ya que el pueblo promete ser sucio por mucho tiempo todavía.

En las tardes el campanario de la ermita, ante quien las casas parecen de rodillas, canta la misa del retorno y a su influjo van surgiendo por las veredas los campesinos que regresan de la faena, llenos de polvo y sudor. Los sembradores que arañando las cicatrices de la tierra han preparado el pan para toda una colina, vienen agotados por la lucha en pleno sol; los leñadores traen todavía pegada a las manos la savia de los árboles decapitados por el hacha y en los oídos el lamento del bosque herido, que repercutió por toda la montaña; los carreteros—inconscientes devoradores de distancias, por cuyas pupilas las lejanías desfilaron sin cuajar una



JULIO ENRIQUE AVILA continúa la serie eficaz de escritores latino-americanos que llegan a una Secretaría de Educación con el nombre de Sarmiento y el de Vasconcelos en la frente, para consejo y encendimiento, a comprobar que el escritor sirve tanto como el buen pedagogo en una empresa de cultura popular.

Prosista cuidado y arribado a sobriedades, él ha hecho periodismo del mejor; poeta, en prosas breves y en dos volúmenes de versos; ensayador de un teatro libérrimo en la línea de Maeterlink, todo lo hace, en literatura como en educación, con probidad intelectual, con madurez de cultura y con definitivo buen gusto.

Gabriela Mistral

Guatemala, octubre de 1931.

emoción—vienen con los ojos opacos, que saben ver a través del polvo y de la sombra. Todos sin otra inquietud que mantener viva la lumbrera de su puro y sin otro sueño que el exiguo plato de frijoles, que cumple con su cometido de ayudarles a no morir, y el duro tapexco de varas, que será blando lecho de plumas para su cuerpo destrozado.

Pero me olvidaba. Hay para ellos algo que sintetiza sus anhelos, algo que les permite evadirse de ellos mismos. Nosotros, los que disponemos de teatros, música, lecturas, y aun de la simple contemplación o de la infinita espiral de un pensamiento, no podemos concebir esa deprimente angustia de estar siempre consigo mismo, rondando alrededor de su miseria, espectros de seres vivientes, eternamente despiertos bajo el azote de una realidad que no les permite alzarse en el olvido de un sueño. Hay para ellos un único anhelo posible a sus

facultades y a sus medios: la borrachera del domingo. Con majestad olímpica penetran a la taberna y, bajo la propicia exaltación de licor, toman al desquite de todas sus humillaciones; su boca olvida el duro rictus de la esclavitud, y por sus ojos enardecidos se presiente una chispa, una posible chispa de energía y altivez, que con el tiempo pueda prender la hoguera de la redención. Algunos espíritus generosos han iniciado cruzadas contra el alcoholismo, el vicio denigrante que es como un cáncer para la conciencia del pueblo. Sin embargo, esos nobles esfuerzos no han obtenido ningún resultado práctico. El problema tiene diferentes aspectos; y antes de atacar los efectos, debemos suprimir las causas.

Nosotros no vemos en el vicio más que los resultados, de tantas maneras crueles e inmorales: la degeneración, la miseria, el crimen. Pero para ellos es algo más: es la liberación, el olvido, el desquite. ¡Es la única riqueza que poseen! Antes de quitársela, debemos pensar qué les daremos en cambio para el espíritu. Para ese pobre espíritu, ahorrado y nulificado por nuestra avaricia y nuestra indiferencia.

El hogar campesino

El hogar es para la gente aldeana, por las circunstancias difíciles de su vida, más que todo, una defensa contra la miseria. Raramente ha nacido de simpatías, casi nunca de amor. Los sentimientos delicados difícilmente pueden subsistir con la miseria, pero con la miseria y la ignorancia juntas, no los encontraremos nunca.

El amor... La ternura... qué vacías de sentido son estas palabras para un hombre que no ha tenido nunca tiempo para admirar, ni capacidad para la meditación. Lo más que podemos pedirles es bondad, sencillez, paciencia; y en verdad que hay entre ellos espíritus bondadosos, sencillos y pacientes, ¡tan pacientes!... Capaces de privarse de su yantar humilde para ofrendarlo al que llega a su rancho hambriento y fatigado. Pero el don de la caricia, el milagro de poner suavidad en la rudeza, la gracia de saberse otorgar un mimo hecho con el alma, eso no... No les queda tiempo a los pobres para aprender a eso.

Un jornalero—que lucha desde el alba hasta el atardecer, con instrumentos toscos y pesados, bajo el sol y el polvo—necesita una samaritana que al cenit, cuando la sed abrasa y el hambre apremia, ponga en sus labios un jícara de agua fresca y un primitivo bocado que engañe el apetito. Necesita una compañera que le espere a la oración con el fuego encendido y la cena lista; que por las noches, cuando la luna se deja ver, escuche de sus labios alguna canción simple y melancólica, acompañada con la vieja guitarra. Una hembra que, cuando el sueño y la fatiga no lo vencen, le ayude a representar una burda parodia del amor...

(Pasa a la página 95)